

BEATS & Otros Rebeldes

20 Años después

ENRIQUE VERASTEGUI

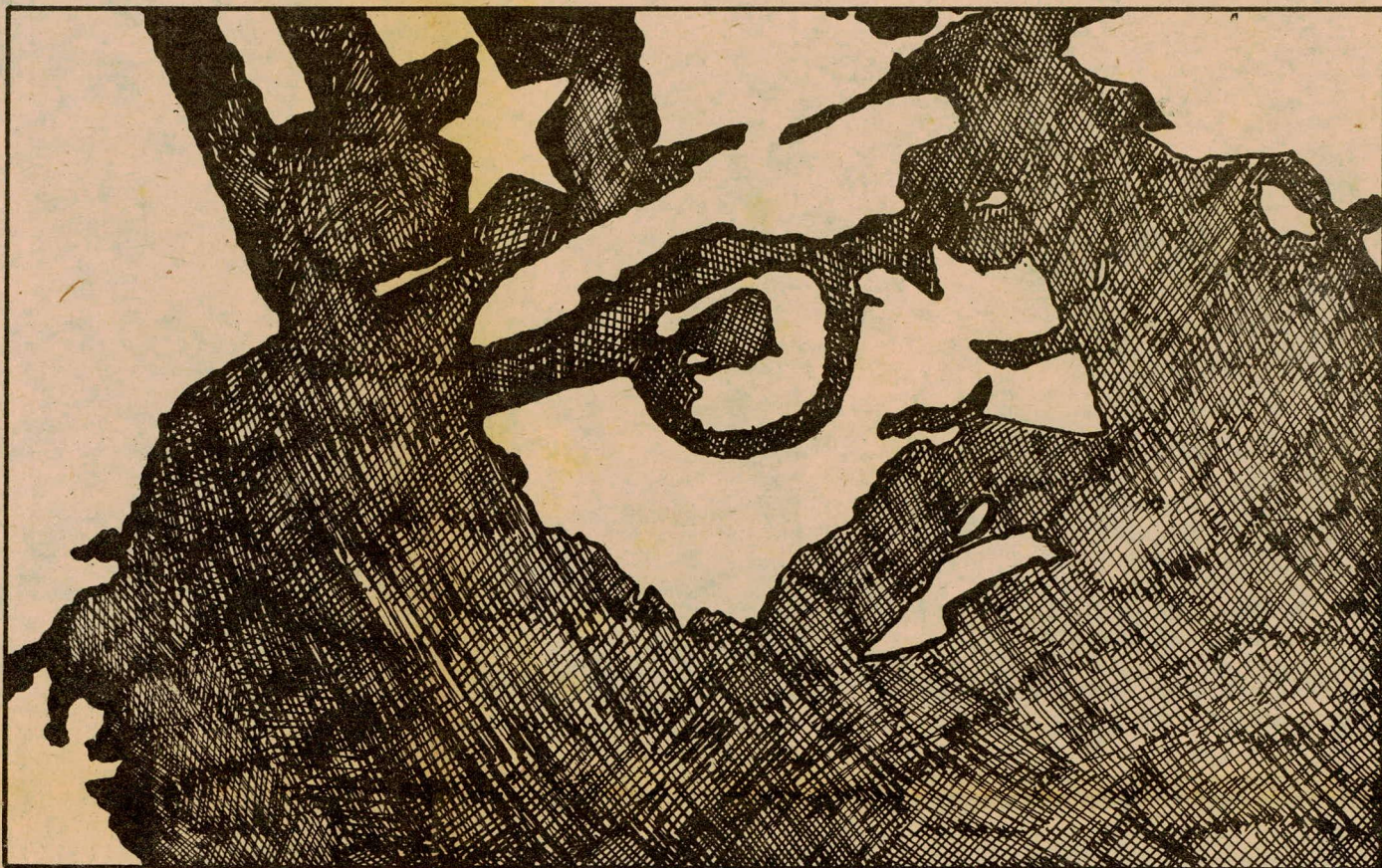
Un día cualquiera de 1955, quizá de verano, hacia el anochecer entre enormes letreros de neón y los espacios sombreados, en la calurosa San Francisco situada en la franja oeste de la Alta California, cientos de estudiantes, algunos profesores, algunos empleadillos, se habían congregado en la Galería Six convocados por una extraña invitación aparecida en los periódicos de la época: un recital de poesía que anunciaba "una admirable colección de ángeles reunidos un mismo día y en un mismo lugar. Vino, música, chicas, poesía seria, satori gratis, pequeña colecta para el vino y las postales. Una agradable reunión". ¿Quiénes eran estos ángeles? ¿Quiénes organizaban esta reunión que prometía ser dionisiaca? ¿Por qué San Francisco? ¿Era una reunión más y un recital más al que ya los habitantes de ese lugar se habían acostumbrado?

Es muy seguro que sí: un recital más en la vida de estas gentes que, desde hacía un buen tiempo, veían pasar por sus calles a jóvenes estrafalarios, que ocupaban los bares en enormes borracheras que a veces duraban toda la madrugada. San Francisco, la antigua apacible ciudad, se había convertido no se sabe aún por qué razones sociológicas en el centro de peregrinación de toda una generación literaria, y por esta misma causa en centro de irradiación de la nueva sensibilidad "underground" norteamericana.

Pues bien, este recital que parecía ser uno más en la ya larga lista de actos poéticos marcó (es indudable) el inicio de lo que se conoce como el Renacimiento Literario de San Francisco, seis fueron los jóvenes poetas participantes: Michael McClure, Gary Snyder, Philip Lamantia, Allen Ginsberg, Phil Whalen, Lew Welch. La Galería Six estaba repleta de gente en butacas, de pie, sentados en el suelo, se conversaba y se escuchaba a los poetas que iban leyendo sus cosas mientras un desconocido novelista al que todos llamaban Jack Kerouac oficiaba de Dionisios invitando a beber vino, en una garrafa que él mismo hacía circular de mano en mano.

En ese momento, Ginsberg, que se había mantenido aparentemente sereno se apoderó —literalmente— del micrófono, y empezó a recitar **Aullido**, su largo poema que lo sacaría del relativo anonimato en que vivía, y que sería la carta de presentación de sus amigos a los que ya se les denominaba la Beat Generation.

Desde el primer verso todos entendieron que algo nuevo había llegado, que algo distinto estaba pasando esa noche y que a partir de allí todo sería otra cosa: el clásico verso yámbico cultivado por los poetas académicos había sido quebrado, no más el pensamiento expresado en metros sino el furor del verso libre; era un retorno a Whitman, sí, pero no al que utilizaba la copia como método sino al Whitman, de la sintaxis galopante, el de la amplia respiración, aquel que escribía



Considerado por muchos como el profeta de la Beat Generation, Ginsberg es también un excelente poeta.

como respiraba. Ginsberg había rescatado este modo de expresión que poetas de generaciones anteriores habían olvidado, y agregaba dos cosas más que finalmente se reflejaban, resumiéndose en sólo una: la espontaneidad automática, y por eso mismo la expresión de todo un paisaje interior.

Para los que ya habían leído su primer libro: **El espejo vacío**, presagiaba un cambio pero no tan radical como el que ahora se producía. Hasta ese momento Ginsberg había cultivado los poemas cortos, las imágenes perfectamente frontales en un lenguaje sencillo pero ingenioso, siguiendo el consejo de su maestro y amigo, Williams Carlos Williams, un apacible médico de ancestros latinoamericanos que nunca salió del lugar donde había nacido: Paterson, y lugar al que le dedicaría un poema fundamental escrito en cuatro libros.

Dicen que Ginsberg escribió **Aullido**, dos semanas antes del recital durante un largo fin de semana que pasó encerrado en su habitación, y que lo escribió compulsivamente, eléctricamente como había sido su vida y como lo fue después durante una buena cantidad de años. Ese mismo impulso alocado, esa misma feroz fiebre que empleó al escribirlo la empleó al recitarlo: estaba frenético, se balanceaba, gesticulaba, sus expresivos gestos revelaban el ritmo de su poema. Iniciaba también un nuevo modo de recitar y cuyo antecedente inmediato lo podemos encontrar en los recitales de jazz: un mismo tema que se prolongaba en inmensas variaciones:

Aullido es un poema escrito al modo del jazz, y Ginsberg lo recitaba de ese modo. De allí que cada verso, cada fragmento que él decía era inmediatamente coreado por los asistentes, aplaudido, insistiendo en escucharlo al grito de "¡sigue! ¡sigue! ¡sigue! ¡sigue!". fiesta de la poesía, verdadero renacimiento literario de San Francisco.

Pero, ¿por qué este éxito tan ruidoso y rotundo? ¿por qué el estilo beat se extendió de inmediato a los rincones más apartados de Norteamérica? Es evidente que lo que llamó la atención no fueron solamente los gestos teatrales de Ginsberg, su show, su vida alocada, la fama maldita que había signado a su generación. No tenían publicidad a su favor, no tenían empresas editoriales que los respaldaran —sólo una pequeña editorial, sin recursos económicos que dirigía un poeta un poco mayor y muy cercano a ellos: la "City Lights books" a cargo de Ferlinghetti, y nombre también de la librería que frecuentó esta generación bohemia.

El historial biográfico de estos poemas no es precisamente lo que se puede llamar una vida santa: ellos eran la otra cara de la medalla, la mala conciencia de Norteamérica. Una Norteamérica que había imbuido en sus jóvenes el espíritu del consumo y del confort, el espíritu de la coca-cola y de la vida endulzorada de la televisión, no podía reconocerlos como sus hijos predilectos, ni tan siquiera como los hijos pródigos. Gregory Corso, por ejemplo (y de quien aún se celebra su poema **Matrimonio**), pasó gran parte de su

adolescencia sumido en orfanatos y penitenciarías por algunas ladronerías que cometió obligado por el hambre, obligado por el estado de abandono familiar en que se encontraba. De igual modo, Jack Kerouac y Neal Cassady llegaban de recorrer, juntos, todo ese país conociendo su vida miserable en el trabajo como ferrocarrileros que hicieron. Toda esta gente, pues, era exactamente la expresión contraria de lo que el poder imperial planteaba como norma de vida.

Alguna vez Eldridge Cleaver (cf. **Alma encadenada**) dijo que los beats eran también los "niggers", los negros de Norteamérica. El reconocimiento de Cleaver, importante portavoz del movimiento negro, implicaba reconocer la capacidad crítica de estos poetas, su capacidad de enunciar (y denunciar sobre todo) la imagen oscura de ese país, esa miseria de los barrios de inmigrantes, los **harlem**, la vida expoliada de chicanos y portorriqueños, descomposición social que se cuidó muy bien en no exportar. Pues bien, estos





Almuerzo desnudo, Expreso Nova, La máquina blanda, constituyen sus libros más deliciosos. Allí, William Burroughs expresa —alegóricamente— la crisis final de un imperio que no puede vivir sino de la rapiña, que no vacila en desatar guerras. Ahora en ese imperio, millones de trabajadores son despedidos de sus fábricas. Burroughs es, tal vez, el más despiadado satírico y crítico del sistema capitalista en descomposición.

El movimiento Beat expresó la crisis espiritual de Norteamérica y a su vez contribuyó a la toma de conciencia de inmensas masas de la población (negros, chicanos, portorriqueños, etc.) para que manifestaran por la reivindicación de sus derechos, y se declararan en contra de la política imperialista y agresiva del gobierno de EE.UU.



poetas hicieron lo contrario: el mito del poder imperial fue ridiculizado, fue denunciado, fue criticado.

William S. Burroughs, amigo de los beats pero que niega pertenecer a este movimiento, resume perfectamente la expresión irónica contra el imperio: sus novelas son una crítica despiadada contra el **american way of life**, un retrato de su descomposición, y la explosión verbal como expresión de ese desmoronamiento, para esto usa el método de la caricatura, de lo grotesco, de la negatividad excesiva. Norman Mailer que también se movió en el universo beats dice de Burroughs que es el gran satírico de este siglo, un excelente continuador de Swift. En verdad, Burroughs fue una especie de "cerebro" de la beat generation, un coordinador aunque desfachatado elegante, una especie de guía espiritual, el hermano mayor, el tío **Bill** como él mismo se llama en sus novelas.

Célebres son, por ejemplo, las cartas que se cruzó con Ginsberg, las "enseñanzas" que le impartía a través de sus cartas, cuando ambos viajaron en años diferentes por este lado de América. Ambos llegaron

a Lima, pero parece que sólo Burroughs se quedó hechizado por nuestra ciudad.

El lector obsecuente puede hallar descripciones de Lima y de sus personajes peculiares en **Naked Lunch**, su novela quizá más importante.

Pero por la misma complejidad de la técnica que Burroughs emplea, por su entramado de símbolos a primera vista difíciles de explorar, por la rugosidad y los entreverados pliegues de una escritura en dispersión (el reelaboramiento de dos complementos semánticos opuestos dentro de una misma frase, por ejemplo): Burroughs, no alcanza la enorme masa de lectores que sí alcanza otro miembro de esta generación: Jack Kerouac.

En el camino, primera novela de Kerouac, se convirtió en la Biblia y en el código de miles de jóvenes norteamericanos. Una novela espontánea, sin mucho rigor en su elaboración pero que logró transmitir una gran vibración. Cinco o seis novelas se sucedieron de esta manera y en cada una de ellas Kerouac ponía su experiencia, hacía el retrato de su tiempo, y en cada

una de ellas lograba cada vez más lectores. A Jack Kerouac se le atribuyen el haber bautizado a sus amigos como la Beat Generation, como el que empieza la onda mística. Tipo de experiencias que después seguiría Ginsberg, y que Gary Snyder profundizaría durante su estadía en un templo japonés. Pero este asunto tiene que ser tratado de otro modo.

En fin, el impulso y la fuerza con que irrumpió la Beat Generation en la escena literaria del país del norte, cambió totalmente de signo a su literatura. Robert Lowell, un prestigioso poeta mayor y con una obra bien definida, confesó cierta vez que después de los beats tuvo que releer su literatura, y optar por los aportes que los beats ofrecían. **Aullido**, el poema más famoso de Ginsberg (aunque tal vez su mejor poema sea **Kadissh**), sirvió de catalizador a gran muchedumbre de jóvenes que, forjados en la sensibilidad que esta generación literaria les entregó, manifestarían después por la pacificación de Vietnam. Esto constituye otro ejemplo de cómo las flores de la literatura, y de la poesía, contribuyen también a la hermosura del mundo.

